

en su seno un caballero tan perfecto, un varón tan justo como don Dimas de Ramery, afectuoso con todos, jovial y amable siempre, cortés hasta la exageración, si exageración cabe en esto, indulgente con los defectos ajenos y cristiano de veras, de los que llevan grabada la marca divina del cristianismo en lo más profundo del corazón y ajustan su conducta á las sublimes enseñanzas de Cristo.

Descanse en paz nuestro respetable y adorado amigo.

SERAPIO MÚGICA.

HISTORIA DE LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS

CAMPAÑA DE NAPOLEÓN EN ESPAÑA

.....

De índole parecida es otra obra cuyo primer tomo acaba también de publicar el comandante M. de Balagny, individuo de la Sección Histórica en el Estado Mayor del ejército francés. Digo de índole parecida, porque el fondo general del escrito consiste en una masa tal de documentos que seguramente, lo mismo que al señor Balagny, puede servir a cualquiera otro para escribir la historia que él ha emprendido, la de la *Campaña del Emperador Napoleón en España*. Esto, por supuesto, respecto a fuentes francesas; porque, aun cuando vino á Madrid y recogió en nuestro Depósito de la Guerra cuanto le consintió el corto tiempo de que pudo disponer, no le era posible encontrar tantos y tan importantes datos como le serían necesarios para, bien estudiados y compulsados con los que en París tenía á la mano, llegar al perfecto conocimiento de los sucesos que iba á narrar. La exposición de las medidas tomadas por Napoleón al recibir el 2 de Agosto en Burdeos la noticia de la derrota de Bailén, es verdaderamente un modelo de exposiciones, la cual, con el título de *Preparación de la Campaña*, pone al lector en pleno conocimiento de todos los movimientos dictados á la mitad de las tropas que del Grande Ejército tenía el Emperador escalonadas en Alemania. Así se prepararon á reforzar el

ejército que el Rey José había retirado á la izquierda del Ebro, sobre 80.000 hombres, no ya de cuerpos provisionales formados de reclutas, como supone el señor Balagny los de aquel soberano, sino, como dice luego, de las mejores tropas del Imperio, haciendo elevar su organización, según el decreto de 7 de Septiembre de aquel año de 1808, á la de 202.700 hombres, cifra, dice el autor, ya respetable, pero que, aun así, fué largamente aumentada y que, aun sirviendo de base de la organización del ejército de España, no dejó de sufrir muchas modificaciones y adiciones importantes. ¡Tal importancia daba Napoleón á una campaña que dos meses antes consideraba como de días!

Explica M. de Balagny esa importancia por la impresión que el desastre de Bailén causó en el animo del Emperador. «Fué, dice, para él *un coup de foudre*: inmediatamente midió toda la extensión de la catástrofe; sus planes deshechos, su prestigio conmovido por la mancha impresa por primera vez en sus águilas siempre victoriosas y la fama de invencibles de sus tropas perdida, le hicieron entregarse un instante á los transportes de la más violenta desesperación».

Poco después, sin duda, escuando Napoleón escribió a su hermano José la carta, uno de cuyos párrafos sirve de epígrafe al comandante Balagny en la portada de su libro, muy acertado en el Emperador, pero que puede muy bien servir de acusación a su conducta sucesiva en la inacabable guerra de España. «La guerra, escribía Napoleón, podría terminarse con un solo golpe, con una maniobra hábilmente combinada, y para eso se hace necesario que yo vaya allá...»

Y vino, con efecto, Napoleón, pero para no volver en los siete años que aún duró aquella lucha en que fracasaron sus mejores mariscales, sus discípulos predilectos. ¿Es que, venciendo y todo en cuantas maniobras ejecutó para reponer a su hermano en el trono, comprendió todos los obstáculos que iban a oponérsele para un triunfo como los que había alcanzado en otras partes hasta entonces, triunfo en que una sola batalla bastaba para completar la conquista de la potencia militar más robusta? Porque lo cierto es que ni la invasión de Andalucía ni la de Portugal en 1810, antes de que la campaña de Rusia y las de Alemania y Francia le retuvieran lejos de nosotros, fueron aliciente para que, trasladándose á España, impidiera los errores de Soult y Massena. Ese epígrafe, de consiguiente, es así como una acusación y ruda de los procedimientos usados por Napoleón en nuestra guerra de la Independencia, y es también la confirmación de la idea

por él emitida en Santa Elena de que *él había formado el ejército inglés en la Península.*

En este primer tomo de su obra, el señor Balagny, después de los capítulos sobre la preparación y la organización del ejército francés y de sus operaciones para su arribo á España, perfectamente descritas; después de exponer brevemente las de los españoles desde Agosto á principios de Noviembre hasta situarse en la línea del Ebro frente á la del enemigo, establecida, según ya he dicho, en la izquierda de aquel río, después, por fin, de echar una ojeada sobre la composición del ejército británico tras la batalla de Vimeiro y la convención de Cintra, tan opuesta a la conducta observada por los representantes del gobierno inglés en Cádiz respecto á la capitulación de Bailén, entra en lo fundamental histórico de su trabajo, en la descripción de los combates de Durango, Burgos y Espinosa de los Monteras.

¿Cómo la hace? Pues de un modo muy parecido al ejecutado por el autor del libro de Moncey, consignando sus opiniones por medio de los documentos oficiales existentes en los archivos de Francia. De los documentos españoles, de los que Balagny dice haber obtenido en nuestro Depósito de la Guerra, ha hecho uso también, principalmente del diario de las operaciones del ejército de Galicia y los Apuntes históricos del general Blake, publicados hace muchos años en la Asamblea del Ejército, y de los que, como es natural, se ha servido el autor de este informe en el tomo III de su obra. Las operaciones de los mariscales Victor y Lefevre disgustaron a Napoleón creyéndolas prematuras; y Balagny stampa toda la agria correspondencia que medió entre ellos, conocida ya en su parte más interesante por haberse publicado en otros trabajos, en los de Thiers principalmente.

De igual modo prosigue Balagny el suyo en la jornada de Burgos. Son innumerables los despachos de Napoleón y de los jefes de las divisiones que dirigía en su marcha, los cuales ocupan cientos de páginas de la obra, señalados con carácter de letra más pequeña que la del texto, que así se distingue por lo reducido á proporciones que desdican de la descripción crítica que exige la historia de sucesos tan importantes como los de aquella campaña. Y como la de Burgos se describe la jornada de Espinosa. Para ella ha destinado el autor la parte que parece poseer de los documentos españoles procedentes del Depósito de la Guerra, algunos de verdadera importancia, y los partes oficiales de los generales y jefes que mandaban nuestras tropas y las fran-

cesas. Es, repito, la en que me ocupo, como la de Moncey, obra de recopilación de documentos, colección y ordenamiento de cuantos datos pueden convenir para la historia razonada de los sucesos que se trata de narrar.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

(Se concluirá)

SUBIA ETA IGELA

IPUYA

Sube batek ikusi
zuben beñ igela,
putzu iskiñ batian
loitán zebillela,
sardia abotikan
aterarik bertan
abiyatu zan oso
gogor tiraketan,
iya bera añako
igel aundi ura,
nai zuben sartu azkar
beraren barrura;
gaiso arrek naiko lan
bazeukan berekiñ
jitzul egin nai eta
eziñ itzul egiñ!
Subiak chit gogorki
tira eta tira,
alderatzen ari zan
bere alderdira,
eta aboan sartzen

baizanian asi, '
igelak zuben penaz
egiten karrasi;
iya eztarriz bera
pasa zubenian,
azeri bat azaldu
zan aldanienian,
zeñak zuben bi puska
egiñ sube ura,
igela berriz joanik
bizirik putzura.

.....
.....

Gizon artean iñoiz
au oida gertatzen,
ustez etsiya dana
bizi da gelditzen;
ala berian berriz
ez dana pentsatzen
uste gabe ura da
lendabizi illtzen.

JOSÉ ARTOLA.

HISTORIA DE LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS



LAS GUERRAS DE ESPAÑA CON NAPOLEÓN

Otra cosa es un libro más reciente aún, como que ha salido á la luz pública en Mayo de este mismo año, con el título de «Les Guerres d'Espagne sous Napoléon, par Guillón». Lo forma un solo volumen de 364 páginas en 8.º, sin lámina alguna de planos ó retratos de las que están perfectamente dotados los de Moncey y especialmente el de Balagny, que ostenta una gran colección de planos y mapas, ya copiados, ya formados por su autor en los reconocimientos de los campos de batalla que ha practicado en su reciente expedición á España. «Las guerras de España, así comienza á explicarlas M. Guillón, han sido las más largas, las más difíciles y las más dramáticas del primer Imperio. Leed las Memorias militares publicadas en nuestros días y con tanto éxito; por ejemplo, las de los generales Marbot, Thiébauld, Lejeune, las del coronelGonneville y muchos otros. Su narración, en cuanto se trata de España, toma un color que no presentan las guerras de Italia, de Alemania y de Polonia». Y después de apuntar la diferencia esencial de unas guerras á otras, cita varias obras seriamente históricas.

La de M. Guillón es eminentemente filosófica, considerando los hechos históricos como producidos por causas, no pocas, políticas, y muchas militares en su sentido más técnico y según principios consignados en los estudios de arte é historia de la guerra. ¿Cómo explica la conducta de Murat en Madrid? «A pesar de la reserva en que se encerraba Napoleón, dice Guillón, Murat era bastante clarividente para comprender que iba á ayudar al destronamiento de los Borbones de España. Ahora bien; ¿por qué no había de ser en provecho suyo? ¿No

había escrito el 30 de Enero el Emperador á Jerónimo haciéndole esperar el Gran Ducado de Berg? ¿Puede venir tiempo en que Murat sea colocado en otra parte (ailleurs)? He aquí por qué Murat obró, en aquellos asuntos de España, con mucha prudencia y habilidad, á pesar de cuanto haya dicho Napoleón después».

No es extraño que Guillón se produzca así, influido, como parece, por el espíritu que domina en la historia de la Lugartenencia de Murat, escrita por el Conde del mismo apellido del célebre mariscal Gran Duque de Berg. Y si filósofo aparece en esa parte de las causas de la guerra de la Independencia, así como en las producidas por la influencia de nuestro suelo y del carácter de nuestros compatriotas, M. Guillón sigue mostrándose filósofo en cuanto al aspecto de aquella guerra en la forma y las proporciones que tomó. «Guerra, dice, *fragmentaria*, permítaseme esa libertad de traducción, de dispersiones y fraccionamientos por el territorio, nos redujo á operaciones de cuerpos de ejército, menos que eso y son frecuencia, á maniobras de destacamentos. En esa guerra que duró cinco años (no, fueron siete), cada año no se señaló por una campaña tan solo. Puede decirse que en el curso de un año hubo tantas campañas como regiones».

¿No sería esa la causa del retraimiento de Napoleón de la guerra en nuestro país?

«Por otra parte, dice nuestro autor, según lo ha escrito Napoleón, el arte de la guerra es el arte de dispersarse para vivir, y de reunirse para pelear. Para dispersarse y vivir son necesarios caminos, poblaciones ricas, campos abundantes de provisiones. De todo eso se encontraba en las llanuras de Alemania. En España, nada de caminos; frecuentemente uno solo, por el que era preciso á la vez marchar y vivir. A derecha é izquierda, nada, nada más que campos pobres ó desiertos. En fin, las montañas que obligaban á dispersarse eran un obstáculo para la concentración».

Así se comprende por qué el Emperador se disgustó tan pronto de España. No encontraba en ella su ordinario tablero.

Guillón muestra en general una imparcialidad no acostumbrada en los escritores extranjeros. Lo de Bailén es una prueba muy elocuente de esa imparcialidad narrando la batalla sin los comentarios en uso entre los franceses y dejando el juicio de la capitulación para lo futuro, puesto que «de todos modos, según él, es un proceso que no ha sido juzgado».

¿Sabrá que lo anda estudiando y lo juzgará con toda clase de datos, procurados en Francia y España, el distinguido teniente coronel M. de Titeux, que posee el proceso formado á Dupont y se creía perdido? Parece que servirá de vindicación á la memoria, hoy tan deprimida, de aquel desgraciado general, y se publicará en una obra de tres tomos: dedicado el primero á las campañas anteriores; el segundo á la de Andalucía y Bailén en 1808; y el tercero, al proceso de Dupont y su ministerio en 1814. Entonces podremos aquí juzgar la obra de M. Titeux, así como la conducta de Dupont; y se podrá decir la última palabra en cuestión, por lo general tan apasionadamente debatida.

En corroboración de su dicho de que hubo tantas campañas como regiones en aquella guerra, M. Guillón, en vez de seguir para su narración el orden cronológico que generalmente se observa en la historia, divide la por él escrita en períodos, no de tiempo, sino en operaciones entre sí ligadas por el mando de los generales que las dirigían ó por el mayor ó menor espacio geográfico en que tenían lugar. Los epígrafes de cada capítulo lo demuestran palpablemente. *Talavera*, por ejemplo (cap. IV), que comprende las operaciones realizadas en el valle del Tajo; *Los franceses en Andalucía; Torres Vedras; Su chet y el Ejército de Aragón*, con carácter semejante, imprimen á la obra de Guillón ese carácter, si al parecer táctico, nada lógico, si bien bastante conforme con el estudio de una guerra en que hubo provincia que negó á un ejército su auxilio porque peleaba en aquel momento fuera de ella.

Apremia el tiempo para acabar este enojoso informe; y con decir que es muy de tomar en cuenta el espíritu de la obra, brevísima y todo, de M. Guillón, paso al estudio de otra publicada muy pocos días antes, importantísima, sin embargo, y digna de la mayor atención. Me refiero á *Una historia de la guerra peninsular*, que es como la titula su autor Carlos Oman, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Oxford.

Conocíala desde el momento en que llegó á esta Academia el señor Menéndez Pelayo; y, al anunciarse la presentación de la obra, fué ésta objeto de un discurso de nuestro digno y sabio compañero que, de haberse trasladado taquigráficamente al papel, ahorraría ahora á la Academia la fatiga de haber de escuchar este incoherente y desaliñado informe. Tan oportunas, acertadas, instructivas y elocuentes fueron

la opinión y las observaciones expuestas por nuestro colega sobre el trabajo del señor Oman.

De éste, solo se ha publicado un primer volumen que contiene la historia de la guerra de la Independencia en su periodo de 1807 á 1809, y en él la narración desde el tratado de Fontainebleau á la batalla de Coruña, con mapas, además, planos y retratos.

He dicho, y lo había demostrado el señor Menéndez Pelayo, que la obra del señor Oman era digna de la mayor atención; y, con efecto, tanto la forma suya como el fondo merecen un examen muy detenido, comparativo especialmente con el de los varios trabajos históricos que muchos de sus compatriotas han dedicado á la gloria de las armas británicas en aquella memorable guerra. De ese estudio resulta la convicción de la parcialidad que ha venido respetándose por muchos con perjuicio de la gloria que merece la acción política y militar de los españoles en la defensa de la independencia de su patria. Hasta ahora, y fuera de la protesta documentada del señor Canga Argüelles, no se había consignado, con autoridad de respeto por supuesto, sino alguna no bien recibida generalmente por la opinión española al observar cómo los extranjeros aprobaban más ó menos explícitamente las falsedades y los conceptos harto injuriosos que se nos prodigaban. Pero el señor Oman, inspirándose en la justicia y lealtad tan recomendada para el ejercicio de la historia, en la verdad, sobre todo, de los hechos que la constituyen, ha sabido castigar con esa verdad y con sus imparciales juicios los arbitrarios de otros hasta en sus mismos compatriotas. Sus opiniones sobre la obra de Napier son severísimas y sobrepujan en vigor á las del señor Canga Argüelles y á las que hace dos semanas escuchó la Academia de labios del elocuentísimo colega nuestro acabado de citar al darnos cuenta de la impresión favorable que le había producido la lectura de la obra del señor Oman.

Pues bien; como en el juicio de los historiadores se muestra nuestro autor en el de las operaciones de la guerra y en la conducta de los generales que las dirigían, si equivocada a veces, pese á nuestro amor propio, patriótica siempre. No es la suya una obra que deje a la apreciación de sus lectores vacíos como las de Moncey y Balagny que deban llenarse interpretando mejor ó peor los documentos oficiales, no siempre los más apreciables por su exactitud histórica; el señor Oman los discute con ánimo sereno, sin prejuicios, y los juzga después de un detenido examen. Así puede observarse en varios de los capítulos de

su obra, principalmente en los que se refieren á las operaciones del ejército británico, en que, armado de tanto y tanto documento como existe en los archivos de Inglaterra, puede extender sus noticias á muchos detalles que á veces sirven para explicar un suceso ó hacer variar su concepto. Tiene, además, para completar ese arsenal de datos, los que le proporciona la colección sumamente copiosa de su compatriota Vaughan que en su estancia en España durante la guerra recogió infinitos, no habiendo publicado más que los correspondientes al primer sitio de Zaragoza, en cuya defensa tomó parte al lado del general Palafox, su amigo. Vaughan fué un diplomático que, como el coronel Schépeler, de la Legión Alemana y después embajador de Prusia en Madrid, se halló los años de la guerra en todas partes; en Zaragoza, como acabo de decir, en la Coruña y la residencia de la junta Central, con Cuesta y Castaños, en Cádiz á las órdenes del embajador de Inglaterra, hermano de Wellington; de modo que nada ó muy poco pudo escapársele de lo que más pudiera ilustrar la historia de aquel tiempo. «Yo creo, dice el señor Oman, que será raro el hombre que tenga más afición á coleccionar y ordenar documentos. Sus papeles contienen no solo sus propios diarios y sus correspondencias, sino un número infinito de notas escritas para él por españoles amigos suyos sobre puntos que deseaba dominar, y una gran masa de folletos, proclamas, hojas nuevas y cuadros estadísticos, cuidadosamente coleccionados y unidos, los cuales, en cuanto he podido ver, no se han descubierto desde su muerte hasta que pasaron por legado de sus supervivientes allegados á su antiguo colegio» (el de Oxford).

La campaña, así, de la Coruña, con más extensión que las demás anteriores, la describe muy detenida y concienzudamente, según ya nos expuso el señor Menéndez Pelayo; poniendo en su lugar unas operaciones que, unos por su admiración á John Moore, que mandaba el ejército inglés y murió en aquella jornada, y otros por los horrores de la retirada ó por su afición á Soult, que regía á los franceses, no habían acertado á narrarlas con imparcialidad verdaderamente histórica.

Aunque tan brevemente comentada y sin entrar en la explicación de detalles que haría interminable este informe, así como cualquiera observación que pudiera dirigirse al señor Oman sobre puntos particulares de su obra, puede aquí volverse á decir que ésta es de gran interés histórico, de un mérito excepcional al compararla con tantas otras que se han publicado, especialmente las de los compatriotas del autor,

que es el primero en poner de manifiesto los errores, las deficiencias y los apasionamientos que contienen y revelan.

Esa obra, póstuma del señor Oman, es la única que ha sido dirigida á la Academia; que las demás me pertenecen por compra ó por regalo de sus autores; por lo que creo que la Academia debería dirigir á la Universidad de Oxford, editora de tan bello como nutrido estudio, una comunicación dándole las gracias por su obsequio y manifestándole cómo ha apreciado el mérito del trabajo del señor Oman por las dotes que lo avaloran, y esperando se servirá enviarnos los tomos sucesivos.

Y aquí termino la pesada labor de un informe, provocado por la inspección del interesante catálogo del Sr. Kircheisen, y que me ha sido encomendado por nuestro prócer Director en vista de los muchos escritos que diariamente, puede decirse, salen á la luz pública sobre las guerras napoleónicas, y con particularidad sobre la de la Independencia; particularidad muy digna de atención, pues que significa la importancia que tuvo aquella lucha para los destinos de la Europa continental y aun para los generales del mundo.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE

Madrid, 20 Junio 1902.

